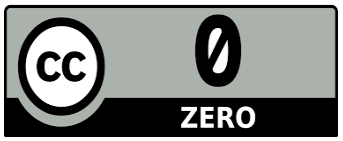
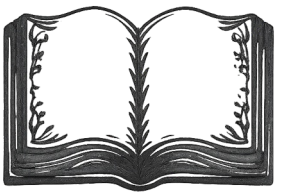
El Relojero

Robert Louis Stevenson

Obra original: *The Clockmaker* -Robert Louis Stevenson , 2005.
Edición: Traducción y prefacio editorial por Fernando Guzmán, 2026.
Nota legal: La obra original en inglés está en dominio público habiendo sido publicada póstumamente. Para la realización de esta traducción se ha cotejado con las traducciones automáticas de las inteligencias artificiales Gemini, Euria y Copilot, así como con la traducción portuguesa de Eurico Zimbres: *O Relojoeiro*, 2016, bajo licencia CC BY-SA 4.0.
Esta obra derivada se distribuye bajo licencia Creative Commons CC0 (Dominio Público).
La presente edición se ofrece como contribución editorial abierta, libre de restricciones de uso.





ARCHIVO
HISPÁNICO

Prefacio editorial

Este cuento es una brillante sátira filosófica que explora la arrogancia del intelecto humano y la relatividad de la fe a través de una escala microscópica. La historia nos sitúa dentro de una jarra de agua olvidada en una mesa, donde una civilización de seres diminutos —los animálculos— ha construido todo un sistema de ciencia, religión y filosofía basado en lo que pueden observar desde su limitado entorno líquido.

Retrata con ironía cómo las sociedades interpretan los fenómenos naturales (como la luz de una ventana o el movimiento de una persona) a través de lentes dogmáticos o científicos, cayendo siempre en el error de creer que ellos son el centro de la creación.

El Relojero

La jarra estaba en una mesa en medio de la sala. Durante casi una semana nadie había cruzado la puerta; la empleada no era cuidadosa y, desde hacía un mes, el agua permanecía sin ser cambiada.

La raza predominante de los animálculos había alcanzado una gran antigüedad y estaba avanzada en los estudios científicos. Su principal fuente de alegría era la astronomía; los filósofos pasaban los días en la contemplación de los cuerpos celestes y la sociedad se regocijaba en la discusión de teorías antagónicas. Dos ventanas, una abierta hacia el este y otra hacia el sur, les daban dos años solares de diferente duración: el segundo se mezclaba con el primero, y el primero sucedía al segundo tras un intervalo de oscuridad. Muchas generaciones nacían y perecían durante la noche; la tradición de un sol comenzó a debilitarse, llevando a los pesimistas a perder las esperanzas de verlo nacer de nuevo; y la luna, que entonces se presentaba llena, engañó a algunos de los más sabios.

No fue sino hasta el sexto largo año solar que surgió un animálculo de intelecto sin precedentes, quien superó las antiguas teorías, legando una polémica herencia. Su hipótesis podía llamarse "La Teoría del Cuarto". En algunos puntos estaba errada: el cuarto no estaba lleno de agua potable, ni eran sus paredes de la misma sustancia que el mantel de la mesa; pero en muchos puntos la teoría concordaba con los hechos. Su autor había calculado la posición relativa de la jarra, la mesa, las paredes, la chimenea y el reloj con cuerda para ocho días, con una precisión de hasta la millonésima cifra decimal, pues sus instrumentos y métodos eran extremadamente refinados. Sus méritos habían sido reconocidos incluso por los más escépticos.

Pero el filósofo era un hombre de mente devota y obediente, y había elegido teorizar basándose en la leyenda de su raza. En los días primitivos, antes de que surgiera la ciencia, se decía que el espacio amarillo y rectangular en la pared norte se había abierto, dejando pasar un objeto de tamaño inimaginable que durante muchas generaciones se movió visiblemente en el espacio. Una luz, según algunos más brillante que el sol y según otros poco más que la luna, acompañaba al astro en su órbita. Durante todo ese tiempo, la jarra se balanceó con estallidos de truenos e incontables convulsiones; se oyó un crujido viniendo de los cielos y una explosión final señaló el momento de la desaparición. Cuando los

animálculos se recuperaron del impacto, el espacio rectangular en la pared norte había recuperado su apariencia natural.

Estos eran los relatos de historiadores serios y críticos. Contado por seres menos educados, el relato era diferente: “En los antiguos días de los caníbales”, decían, “un ser de tamaño nunca visto vino a través de la pared; llevaba el sol en una garra, su movimiento al nadar sacudió toda la jarra y, antes de salir nuevamente, hizo algo en el reloj”. Para asombro de la sociedad, fue esta versión popular la que el filósofo aceptó: un gigante portando una luz, semejante a la observada, caminaba a intervalos fijos junto a las paredes exteriores del cuarto; y su paso, primero por una ventana y luego por la otra, explicaba los años solares.

Sin embargo, el filósofo fue más allá. En el cosmos de los animálculos había un rasgo de gran anormalidad: el reloj, con su péndulo, su esfera y sus manecillas. Generaciones de observadores habían probado sin duda que el péndulo oscilaba, que las manecillas se arrastraban lentamente por la esfera y que el fenómeno de las campanadas ocurría en intervalos aproximadamente iguales; era posible concebir, al menos, una relación entre estas campanadas y el desplazamiento de las manecillas. Las atenciones se concentraron desde el principio en el reloj; las evidencias de la existencia de un propósito en la creación estaban centradas allí. El Creador, que se expresaba oscuramente en sus otras obras, parecía manifestarse en el reloj con una voz auténtica; y el teísmo y el ateísmo se enfrascaron en una lucha por la cuestión del Relojero.

El animálculo Newton era un "relojerista"; y aventuró la audaz hipótesis de que el gigante que cargaba la lámpara alrededor del cuarto estaba obligado a regular sus movimientos por el tiempo del reloj. Entre los piadosos, las investigaciones del filósofo fueron rápidamente elevadas a doctrinas de la iglesia. El gigante de la leyenda fue identificado con el sol y ambos con el creador del reloj. El culto al Relojero sustituyó antiguas religiones: la adoración del agua y de los antepasados, y la bárbara adoración de la chimenea. Al Relojero se le atribuyeron todas las virtudes, y todos los comportamientos animalculares apropiados se colocaron bajo la rúbrica de "Comportamiento Relojeril".

El otro grupo lo acusó de animalculomorfismo. El filósofo había declarado que todo el espacio estaba ocupado por agua; nada estaba menos probado, nada era menos probable. Más allá de los límites de la jarra el agua se terminaba, y si era así, ¿en qué quedaba el Relojero? La vida implicaba agua, el pensamiento implicaba agua. Nadie que no viviera en el agua podría concebir la idea del tiempo y mucho menos la de un reloj. “Examinemos su hipótesis” —decían los antirelojeristas— “y veremos que se resume a esto: ¡una criatura que vive en el

agua viviendo fuera del agua! ¿Pueden los animálculos razonables convivir con tales absurdos? Y aunque se conceda lo imposible —solo en nombre del debate —, que se conceda que la vida y el pensamiento puedan existir más allá de las paredes de la jarra… ¿por qué el Relojero no se manifiesta? Sería fácil para él comunicarse con los animálculos. Habría sido fácil para él, cuando hizo el reloj, colocar en la esfera señales inteligibles —la cuadragésima séptima ley, por ejemplo— o incluso algún medidor del tiempo; pero, al contrario, a distancias de igualdades toscamente aproximadas, ocurren señales sin sentido, resultado tal vez del descuido. Por lo tanto, si existe un Relojero, tenemos que imaginarlo como un pobre diablo, frívolo y maligno, que creó la jarra, la mesa y el cuarto con el único propósito de jugar con la miseria de los animálculos".

Tales opiniones encontraron su más violenta expresión en boca de los poetas contemporáneos. La famosa "Oda al Relojero", que escandalizó a la sociedad, comenzaba más o menos así:

Grandes son tus pecados, grandes como una jarra entera. Relojero, yo te desafío. Tu crueldad es inmensa, mayor que un vaso sobre la chimenea y redonda como la esfera del reloj. Tú eres fuerte y vanidoso, astuto para crear relojes, ¡pero de nada vale tu astucia y fuerza! Basta que un animálculo te mire de frente, te confundes entre tus instrumentos y asustado te escondes en la oficina.

Hubo una sensación general de que el poeta había ido demasiado lejos. Si existía un Relojero, no había razón para suponer que soportaría que tales expresiones quedaran impunes. Se temía que toda la jarra fuera envuelta en su venganza. El poeta, tras un juicio en el cual se jactó de sus horribles sentimientos, fue condenado y públicamente destruido. Con este acto riguroso se mantuvo, por muchas generaciones, el libre pensamiento dentro de ciertos límites.

El amanecer del séptimo año bisolar era esperado con ansiedad. A medida que el momento se acercaba, todos los telescopios de la jarra apuntaban hacia la ventana este o hacia el reloj. Después de que el acontecimiento ocurrió, y mientras se hacían los cálculos, multitudes esperaban en las puertas de los astrónomos: algunos rezando, otros irreverentemente haciendo apuestas sobre los resultados. Los cálculos no permitieron llegar a conclusiones definitivas. El reloj y el sol no mostraron ninguna concordancia precisa. Era imposible para los más fervorosos fieles proclamar victoria. Pero la discrepancia era pequeña y hasta el más serio de los librepensadores fue asaltado por una duda íntima.

En "El Relojero se manifiesta en toda su obra", "El Relojero reivindicado" y "Verdadera ciencia expuesta y justificada", las almas piadosas buscaban minimizar su decepción; en trabajos de diferente naturaleza, los librepensadores

aumentaban su victoria. A medida que las horas pasaban y las generaciones se sucedían, hubo conciencia de que la fe había sido sacudida. La creencia en un Relojero declinó rápidamente. Incluso el reloj, con su movimiento rastrero e irregular regularidad, se volvió objeto de burlas.

En medio de todo esto, notaron que el espacio rectangular en la pared norte se abrió; el Relojero entró y comenzó a darle cuerda al reloj. La conmoción fue completa; animálculos de todas las edades y clases llenaron los lugares de oración; la jarra vibraba con los cánticos y, de un lado a otro del recipiente, no hubo criatura sensible que no sacrificara todos sus bienes para rendir homenaje al Relojero.

Después de que terminó de darle cuerda al reloj, el Relojero vio la jarra y, estando sediento después de una noche de cervezas, bebió su contenido hasta la última gota. Durante las próximas tres semanas permaneció enfermo en cama, y el médico que lo atendió ordenó que se hiciera una revisión total en el suministro de agua de aquella parte de la ciudad.